

Crisis humanitaria a las puertas (cerradas) de Europa

Las grandes crisis tienen siempre causas múltiples y complejas. Desde hace más de un año, Europa está viviendo una de esas crisis profundas con la llegada, a las puertas de muchos países europeos, de millones de seres humanos que buscan protección, asilo, cobijo. Son hombres, mujeres y niños que han tenido que huir de la guerra, la persecución, la tortura, el hambre y la muerte.

Los conflictos armados en Siria, Iraq, Yemen y Afganistán, Eritrea, la implosión de Libia, el fracaso de las (mal) llamadas primaveras árabes, el bloqueo a cualquier salida justa en Palestina, el rechazo a una negociación razonable para la integración de Turquía y el insuficiente consenso europeo en materia de política exterior y de defensa han dibujado un mapa de inestabilidad política y desesperación humana como no conocíamos desde la Segunda Guerra Mundial.

La denominada "crisis de los refugiados" es el resultado de la propia crisis política y geoestratégica de Europa, de las alianzas mal trenzadas, de la resistencia de los Estados Miembros a ceder soberanía para construir políticas comunes que nos sitúen como actor respetado y poderoso en el escenario mundial. Pero es también la consecuencia de la dimisión de la izquierda progresista e internacionalista en la defensa de su identidad, por encima de los intereses nacionales (y las permanentes citas electorales). Cuando se arría la bandera de la solidaridad, se izan las banderas del ultranacionalismo, la xenofobia y el fascismo. Es una vieja historia.

Los grandes movimientos de personas no se generan de un día para otro. Desde 2011–2012 las agencias humanitarias (¡qué sería del mundo que sufre sin ellas!) venían advirtiendo de los éxodos que se producirían como consecuencia, sobre todo, de las guerras, pero también por el rechazo a las amenazas totalitarias de

Daesh en buena parte del mundo musulmán y, en otro orden de cosas, por la pobreza que generan las guerras, y por las sequías, la falta de desarrollo, etc.

Lo cierto es que hay una gran parte de responsabilidad europea en la actual situación de inestabilidad y de falta de perspectivas en toda nuestra vecindad, y no sólo por la incapacidad de la Unión Europea para poner en marcha una auténtica Política Exterior y de Seguridad Común, sino también por algunas "gestas" peligrosas emprendidas por algunos Estados Miembros, como la guerra de Iraq, que ha tenido consecuencias catastróficas para millones de personas, o como la



mioipía absoluta –más bien el ensimismamiento– que nos permitió ignorar el infierno de Siria.

La Unión Europea ha estado durante los últimos años tan encerrada en su caparazón, tan obsesionada por su inestabilidad financiera, primero, y económica y política, después, que ha escondido la cabeza ante el resto de los desafíos que tenía a sus puertas. Y este de los refugiados ha ido, poco a poco, convirtiéndose en una bomba de relojería con capacidad para llevarse a Europa por delante –al menos la Europa que conocemos y reconocemos–.

Como escribe Anna Terrón en uno de los artículos de este número de *Temas*, la incapacidad europea ante

esta crisis es, en realidad, la de sus Estados, aunque estos siempre responsabilizan a "Europa" y a la supuesta inacción de las instituciones comunitarias –las mismas a las que impiden operar– como argumento para el repliegue nacional.

En el siglo XX imaginamos y aprobamos políticas y estructuras que nos habrían permitido –si las hubiéramos desarrollado con determinación– enfrentar esta crisis de desplazados con eficacia. En el Tratado dibujamos un verdadero espacio COMÚN de libertad, justicia y seguridad. Hoy, en el siglo XXI, ese gran proyecto se ha deteriorado y Europa se encuentra sumida entre su insolvencia y su miedo.

La enorme presión de los desplazados no va a cesar; más bien al contrario y según todos los especialistas, aumentará en los próximos meses y años. Mientras no la abordemos con presupuestos, políticas, acuerdos y unidad europea, la crisis alimentará las conocidas soluciones violentas extremistas y xenófobas, poniendo

Mientras los europeos no abordemos la crisis de los refugiados con presupuestos, políticas coherentes con nuestros principios, acuerdos y seriedad, esta crisis alimentará soluciones violentas, extremismos y xenofobias, poniendo en peligro el propio desarrollo equilibrado de la Unión Europea.

en peligro radical el desarrollo equilibrado de la Unión Europea. En el fondo, no atender a los refugiados, además de un hecho inhumano, se convertirá en el lento suicidio de Europa. Y, sin embargo, la mayor parte del tiempo hacemos como si el problema no existiera, como si fuera un asunto "de otros", y las imágenes de los niños ahogados en nuestras orillas dejan de producir la conmoción de antes. La cuestión es: ¿aceptamos vivir en un espacio geográfico y político compartido en el que la muerte en el mar de centenares de seres humanos que necesitan nuestra ayuda forme parte de la normalidad? Según las organizaciones internacionales que están supliendo con un esfuerzo impresionante la labor de los Estados, hay 10.000 niños perdidos y solos, a consecuencia del éxodo de los distintos países en conflicto. La pregunta es: ¿si esos niños fueran alemanes, reaccionaría Europa, entonces?

La solidaridad con los refugiados, en los últimos años, ha venido de la mano de países mucho más po-

bres que los europeos: Líbano, Jordania, Turquía; todos ellos albergan millones de refugiados, en algunos casos suponen más del 24% de su propia población. Mientras los Gobiernos de esos países pedían –sin éxito– nuestra ayuda, la situación social en sus territorios se deterioraba hasta producir el bloqueo de los servicios sociales, educativos y sanitarios. Cuando se visitan los campos de refugiados en Jordania o los barrios de desplazados en Líbano, la gente pregunta: ¿dónde está Europa?

La historia de esta crisis es, además, la de una cadena vergonzante de incumplimientos normativos. La Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 establece que son los Gobiernos de acogida los responsables principales de la protección de los refugiados.

La Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, vinculante desde la firma del Tratado de Lisboa, garantiza en su artículo 18 el derecho de asilo, dentro de las normas de la Convención de Ginebra. Asimismo la Constitución española –y la mayoría de las de nuestro entorno– reconoce la condición de refugiado a toda persona que abandona su país, con fundados temores de ser perseguida, etc. De tal suerte que no es ninguna exageración afirmar que los Estados miembros de la Unión Europea están incumpliendo ampliamente sus previsiones constitucionales sobre el asilo y el refugio y también sus compromisos multilaterales.

La solución a este profundo desafío no es sencilla ni será rápida. Pero es posible. A través de los artículos de distintos especialistas, en este número de la revista se aporta una batería de medidas y decisiones que podrían ir ordenando y paliando la crisis. Para la Unión Europea se trata de sacar la cabeza de debajo del ala y ponerse en marcha. La sociedad europea es mayoritariamente solidaria; por ello, distribuir e integrar a dos, tres, cuatro o cinco millones de personas en un conjunto de 28 países no es ninguna quimera. Sin embargo, dejar que la gente que huye de la guerra y el terror se ahogue en el mar o muera de hipotermia en un campo de refugiados es una realidad intolerable, letal para nuestra credibilidad en el mundo y que mina nuestros valores más profundos. Si seguimos escondiendo o pisoteando los principios compartidos que dieron sentido a nuestro gran proyecto europeo, no habrá retorno. No podremos volver a empezar, ya no. **TEMAS**